1º: El Anuncio del Ángel a María
y la Encarnación del Verbo

 El misterio de la Encarnación del Verbo lo describe así san Juan en su Evangelio: «En el principio existía la Palabra (...). En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron (...). Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros»[[1]](#footnote-1).

 En estas palabras se refleja, por una parte, la grandeza del Verbo y, por otra, su amor a los hombres. Así, la Encarnación es una muestra del amor infinito de Dios a la Humanidad necesitada de su Redención. Por eso enseña santo Tomás de Aquino: «...ninguna prueba de la caridad divina hay tan patente como el que Dios, Creador de todas las cosas, se hiciera criatura, que nuestro Señor se hiciera hermano nuestro, que el Hijo de Dios se hiciera hijo de hombre»[[2]](#footnote-2).

 Manifestaba bellamente la Virgen en un mensaje: *«...quiero formar un gran rebaño que ame mi Corazón y me venere. Así lo quiere el Todopoderoso. El Todopoderoso quiso que yo fuese el medio de la Redención por el misterio de la Encarnación»[[3]](#footnote-3)*.

**2º: La Visitación de María Santísima a santa Isabel**

 En su Evangelio, nos dice san Lucas «que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno»[[4]](#footnote-4). La vida de la Virgen estuvo siempre unida a la de su Hijo Jesús. En este misterio, al encontrarse ya el Señor en el seno purísimo de María, bendice a Isabel y a Juan el Bautista.

 María santísima es fuente de bendiciones para las almas, porque así lo ha querido la Divina Providencia; donde está Ella, está su Hijo, y quien se acerca a María, siempre encontrará en Ella a Jesús.

Con hermosas palabras decía la Virgen en un mensaje: *«El Creador quiere que, por medio de la Esposa eterna del Espíritu Santo, de la Madre Pura e Inmaculada de Jesucristo, de la Reina de todas las gracias, sea conocido, bendecido, alabado y glorificado»*[[5]](#footnote-5).

**3º: El Nacimiento del Hijo de Dios en Belén**

 El día 2 de octubre celebramos la memoria de los Santos Ángeles de la Guarda. Su existencia es una verdad de fe, como nos enseña el *Catecismo de la Iglesia Católica*[[6]](#footnote-6); los encontramos desde la Creación y a lo largo de toda la Historia de la salvación; también en el Nacimiento del Hijo de Dios. El mismo *Catecismo* explica: «De la Encarnación a la Ascensión, la vida del Verbo encarnado está rodeada de la adoración y del servicio de los ángeles. Cuando Dios introduce “a su Primogénito en el mundo, dice: ‘adórenle todos los ángeles de Dios’” (*Hb* 1, 6). Su cántico de alabanza en el nacimiento de Cristo no ha cesado de resonar en la alabanza de la Iglesia: “Gloria a Dios...”»[[7]](#footnote-7).

 Justamente, el día de Navidad de 1984, le decía la Virgen a Luz Amparo: *«Has visto las maravillas más grandes de Dios Creador, hija mía... Lo mismo que los ángeles fueron a evangelizar el Nacimiento, os pido, hijos míos, que vayáis a evangelizar el Evangelio por todos los rincones de la Tierra»*[[8]](#footnote-8).

**4º: La Presentación del Niño Jesús en el Templo**

**y la Purificación de la Virgen María**

 Escribe san Lucas que, llegado el tiempo de la purificación, «llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la Ley del Señor: todo varón primogénito será consagrado al Señor»[[9]](#footnote-9).

 Lo mismo que el Señor se sujetó a la ley de la circuncisión, su Madre se sometió a la de la purificación, poniendo así en evidencia, con su ejemplo de humildad, la soberbia de los que siendo pecadores, impuros y rebeldes, quieren aparecer como buenos, limpios, e irreprochables[[10]](#footnote-10).

 Pero el Señor sí conoce el corazón de cada uno; por eso, le decía a Luz Amparo en el mensaje de 3 de noviembre de 2001: *«Repara las ingratitudes de tantas almas, almas que se creen elevadas y que todo el mundo las admira por sus apariencias, pero, ¡ay, cuando lleguen ante la Divina Majestad de Dios! ¿No os da miedo, hijos míos, vivir de apariencia? No seáis hipócritas ni fariseos»*.

**5º: El Niño Jesús perdido y hallado en el Templo**

 «Cuando tuvo doce años —escribe san Lucas en su Evangelio—, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo su padres»[[11]](#footnote-11).

 La acción de Jesús no se entendería sin la lectura completa de este pasaje de san Lucas, donde vemos cómo el Niño Jesús estaba haciendo en todo momento la voluntad de su Padre. La prueba de la perfecta obediencia, también a sus padres de la Tierra, aparece en la conclusión de este pasaje evangélico, cuando se dice de Jesús Niño: «Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos»[[12]](#footnote-12).

 ¡Qué modo tan distinto de actuar el nuestro!; ¡cuántas veces nos hemos rebelado contra Dios, contra sus leyes y mandamientos! No es extraño, por ello, que la Virgen se haya lamentado tantas veces en Prado Nuevo: *«Cada día, hija mía*—decía en un mensaje—*, los hombres tienen menos fe en sus corazones; el mundo está de mal en peor. Dios es olvidado y ultrajado, y la naturaleza humana se rebela contra los soberanos derechos del Creador»[[13]](#footnote-13)*.

1. *Jn* 1, 1. 10. 14. [↑](#footnote-ref-1)
2. *Sobre el Credo*, 1.c., 59. [↑](#footnote-ref-2)
3. 7-X-1989. [↑](#footnote-ref-3)
4. *Lc* 1, 41. [↑](#footnote-ref-4)
5. 6-V-1989. [↑](#footnote-ref-5)
6. *CEC* 328. [↑](#footnote-ref-6)
7. *CEC* 333. [↑](#footnote-ref-7)
8. 25-XII-1984. [↑](#footnote-ref-8)
9. *Lc* 2, 22-23. [↑](#footnote-ref-9)
10. Cf. F. Scío, *Los Santos Evangelios* (nota a *Lc* 2, 22). [↑](#footnote-ref-10)
11. *Lc* 2, 42-43. [↑](#footnote-ref-11)
12. *Lc* 2, 51. [↑](#footnote-ref-12)
13. 1-XII-2001. [↑](#footnote-ref-13)